

La lectura en México / 2

Para Susan y Michael Rees

Cuando se conocieron las recientes y deplorables cifras sobre la lectura en México—de las que hablamos hace un mes en este espacio—, hubo quienes dijeron que la indiferencia del mexicano ante la lectura obedece a un complot del gobierno para preservarlo en una ignorancia provechosa. Esto venía de personas que se presumen lectoras, *ergo* inteligentes, y *ergo* inmunes a la manipulación y a los complots. La denuncia desde luego apela a la facilidad propia de toda “teoría de la conspiración”. Obviamente, entre los libros que han leído quienes creen en tal complot, no había ninguno que explicara qué es una teoría de la conspiración ni como opera, y así, en tanto que son víctimas del mismo complot que denuncian, consiguen algo inusitado: ser a la vez el fiscal y la evidencia probatoria.

Es curioso que quienes aseguran que los bajos niveles de lectura resultan de un complot gubernamental pasen por “gente de izquierda” y, por tanto, adversos a reconocer que el pueblo—la materia prima de sus fantasías— pueda tener un defecto cualquiera. De este modo, antes que aceptar que al pueblo le place holgarse en la ignorancia, prefieren encontrar una enorme eficiencia en la intriga gubernamental (esto, claro está, habla mejor del gobierno que del pueblo, que acaba no sólo ignorante, sino encima manipulado). Las virtudes del pueblo mexicano, a los ojos de esa izquierda romántica y herderiana, lo hacen intrínsecamente adorable, por lo que apenas se desarticule el complot el pueblo inundará librerías y bibliotecas y potenciará su adorabilidad a límites que van a ser prácticamente infinitos.

Una de las razones por las que el amor popular al libro (hipotético) se ha convertido en otra bandera del frente “cultural” de la izquierda, y el desdén popular al libro (probado) en un complot, es la idea que sostiene que el libro libera de la opresión, mejora a la persona, la forma e informa, le otorga perspectivas, la hace feliz, le refina la moral, le ensancha horizontes y la induce a crítica reflexión sobre sí misma y sus circunstancias. Una vez asumido lo anterior, se redactan las proclamas del tipo “todo libro es revolucionario”, el libro “libera”, es tu “amigo”, es la “lámpara clandestina” que dijo Neruda, etcétera. Es una idolatría curiosa que resume a cabalidad el jefe de la cultura cubana Abel Prieto cuando dice: “Sólo un individuo educado, informado, cultivado con sólidas referencias culturales puede escapar de la manipulación y disfrutar a plenitud su libertad” (como en Cuba). En tanto que el mexicano no lee, ni le interesa, ni habrá de interesarle jamás, se diría que se ha condenado a sí mismo a la tiniebla perenne de la ignorancia, a la esclavitud, al desconocimiento de sí y de su circunstancia. Cuadro muy triste por cierto, pero que felizmente tiene una excepción en el DF, donde el complot ha sido vencido por

las fuerzas del bien, que suelen proclamar que sus triunfos electorales en esa sede obedecen a que en la capital radica “la población más cultivada del país”. *Esto es algo que el PRD dice con absoluta seriedad*. Se deduce así no sólo que al votar por otros partidos los provincianos evidencian su definitiva estulticia, sino que los habitantes del DF leen exclusivamente ficción.

Detrás de la idea de la ignorancia como algo provechoso para el gobierno, repta la idea perfectamente estúpida de que los libros, además de ser libros, son como vacunas instantáneas contra la estupidez. Desde luego hay muchísimos libros estúpidos, sumamente eficaces para refinar la estupidez y hasta “liberarla” y hacerla “amiga”, pero también es un hecho que, si se es estúpido, no sólo ningún libro va a enmendar la estupidez sino que muchos—incluso los grandes libros— pueden agudizarla. En lo personal, por ejemplo, cerebro secretamente que la mayoría (absoluta o relativa) de nuestros diputados no haya abierto un libro en su vida. Y por otro lado no se debe olvidar que las campañas en favor de la lectura, las partidas presupuestales, los sermones y coqueteos para conseguir que un analfabeta funcional por fin supere

el terror que le produce un libro—no digamos una librería— suelen culminar en la mayoría de los casos en un momento muy deprimente: la temblorosa adquisición de una novela de Danielle Steel. Esta escritora, que ha vendido quinientos cincuenta millones de ejemplares de novelas en todo el mundo, tiene como temas preferidos—de acuerdo

con su página de internet— “el secuestro, el incesto, la enfermedad mental, el suicidio, la muerte, el divorcio, la adopción, el matrimonio, el cáncer, la guerra y las pérdidas en general”. No dudo que la señora Steel y sus editores (y sus banqueros) se alegren cada vez que se enteran de que en México se inicia otra cruzada en favor del libro. Leer es, a fin de cuentas, una de las formas superiores de la felicidad. Y la felicidad es una cosa cuyo disfrute no puede ser obligatorio ni, para el caso, tarea del Estado (cuya responsabilidad, si acaso, consiste en garantizar condiciones para buscarla). En el caso del libro, una de esas condiciones es el *precio único*, algo que el gobierno no ha logrado comprender. Dudo que complete para que el pueblo no lea, pues es obvio que no es necesario. Pero que el gobierno tampoco lea es intolerable.

Quizás la razón por la que el gobierno haya cometido la tontería de evitar el precio único obedece a razones semejantes a las mías: a fin de cuentas las librerías son los únicos lugares que restan en México en donde, como nunca hay nadie, se puede estar muy a gusto. —

— GUILLERMO SHERIDAN